

BIBLIOTECA PUBLICA
MAMHON.

Biblioteca de LA ESCUELA PRACTICA
JUAN BENEJAM

SM
C^a8
33

EL LAZARILLO

(COMEDIA EN DOS ACTOS)



CIUDADELA DE MENORCA

IMPRESA Y LIBRERIA DE SALVADOR FABREGUES

1897



1057029

SM C^a8 33

86-2
BEN

Biblioteca de LA ESCUELA PRACTICA

JUAN BENEJAM

EL LAZARILLO

(COMEDIA EN DOS ACTOS)



CIUDADELA DE MENORCA

IMPRESA Y LIBRERÍA DE SALVADOR FÁBREGUES

1897

P-568A

Pregalada por su autor
Año 1897.

PERSONAJES

EL DOCTOR MORGÁN,	de unos 40 años.
ANTÓN, el ciego,	idem.
SEBASTIÁN, oficial de carpintero,	de 15 á 18 años.
JOSÉ, criado,	idem.
RAFAEL, el lazarillo, hijo de Antón,	de 12 á 15 años.
ANSELMO, hijo del doctor,	idem.
FRANCISCO	} compañeros de Anselmo, idem.
JULIÁN	
LUÍS	
	idem.



(La escena pasa á poca distancia de Granada y en esta capital. La acción es de actualidad.)

**Reservados por el autor los derechos de propiedad y
de representación.**



ACTO PRIMERO



La escena figura una plazoleta en la que desembocan dos ó tres caminos, viéndose á la derecha, sobre varios peldaños, una cruz de piedra, y más allá algunos árboles.

ESCENA I

Llegan ANTÓN y su hijo RAFAEL. El primero es un hombre de mediana edad, completamente ciego. Camina con la ayuda de un bastón, apoyando la mano izquierda sobre el hombro de su hijo, quien lleva colgado en la espalda un pequeño lío.

Antón.—No debemos estar ya muy lejos de Granada, hijo mío; pero es preciso buscar un sitio para que tú descanses. Desde la madrugada en que hemos salido de Illora, llevamos ya algunas leguas de camino.

Rafael.—¡Si yo no siento fatiga! Como que hemos ido un buen trecho en carruaje, gracias á la bondad del conductor de aquella diligencia que hemos encontrado.

Antón.—No importa. Tú no te hallas acostumbrado á una tan larga jornada, y, además, es menester tomar algo.

Rafael.—Puesto que te empeñas... precisamente nos encontramos en una plazoleta y... ¡calle! allí divisó sobre unos peldaños una cruz de piedra.

Antón.—Una cruz? Bendita sea! Guíame hacia ella, porque al pié del lábaro santo le vamos á pedir su ayuda al Dios de los afligidos.

Rafael.—Vamos, padre; no vayas á entristecerte ahora. (Llegan al pié de la cruz y ambos se postran.)

Antón.—Señor, tú que del alto Cielo ves mi desgracia y eres testigo de mis sufrimientos; apiádate de este pobre ciego que hace tres años no ha visto la luz del Sol. Haz que esa luz que tanto anhelo vuelva á mis ojos para guiar mis manos en el trabajo y para poder contemplar á los seres queridos de mi corazón.

Rafael.—(Levantándose.) ¿Ves? Ya vuelves á las andadas y te empeñas en hacerme llorar. ¿No has dicho á madre que estuviese contenta y no llorase, porque tú ibas tranquilo con la esperanza de tu curación en Granada?

Antón.—Perdona, hijo mío, que no volveré á afligirte más. Acércate y descansenos para proseguir después con algunas fuerzas nuestro viaje.

Rafael.—Sí, sí, y ya verás como consigues tu curación. ¡Y qué felices vamos á ser entonces! Yo trabajaré de carpintero á tu lado, porque ese es el oficio que más me gusta. Iré á la escuela de adultos, porque tengo ya trece años y soy un hombre. ¿No es verdad que soy un hombre?

Antón.—Un ángel eres, Rafael. ¡Bendita sea tu boca!

Rafael.—El caso es que todos te aconsejan este viaje. Desde que te asaltó aquella terrible enfermedad que por poco te lleva al sepulcro y de cuyas resultas te faltó la vista, todos en el pueblo te dicen que vayas á Granada, porque allí hay médicos que saben mucho de eso.

Antón.—Es verdad; pero yo siempre confiaba que me curaría en Illora. Además, somos tan pobres!... Yo oía hablar de un doctor Morgán y de sus curas maravillosas; pero calculaba que la operación iba á costar mucho dinero.

Rafael.—Y tampoco te resolvías á pedir limosna.

Antón.—Oh! eso no.

Rafael.—Luego has sabido que en el hospital asistían médicos muy buenos, y tampoco te resolvías á ir al hospital.

Antón.—Tampoco; y á no ser por tu abnega-

ción de querer acompañarme y vivir conmigo, junto á un pobre ciego...

Rafael.—No, junto á mi padre, á mi padre del alma.

Antón.—No sé todavía lo que hubiera hecho. Pero tú, repito, eres mi ángel...

Rafael.—Eso no; soy tu lazarillo.

Antón.—Y tu madre y tu hermanita, ¿cómo estarán las pobres á estas horas?

Rafael.—¿Quieres hacerme el favor de no acordarte de eso? ¿No piensas en lo que te dijo madre al despedirte?

Antón.—Sí, ya sé. No quiere la pobre que me preocupe con la suerte de ellas y que sólo atienda á mis cuidados.

Rafael.—¡Pues no faltaba más! Ya sabes que cuenta con algún trabajo y no han de carecer de recursos por algunas semanas.

Antón.—No me engañéis, ocultándome vuestras privaciones. Pero y tú? ¿Qué vas á hacer tú en el hospital? ¿Crees que han de admitirte en aquel asilo por el mero hecho de querer vivir á mi lado?

Rafael.—¡Otra te pego! ¿Acaso no hemos convenido en que yo ofrecería mis servicios, ya para llevar recados, ya para ser útil á los empleados, ó por mil cosas que pueden confiarme?

Antón.—Tú todavía ves el mundo de color de

rosa, hijo mío. En otro tiempo, antes de perder la vista, me sobraba alma para resistir cualquiera cosa. Con mi oficio de carpintero podía hacer frente á todas las necesidades y me consideraba dichoso en medio de todo el mundo. Mas hoy...

Rafael.—Hoy verás por mis ojos y sentirás por mi alma.

Antón.—(Estrechando la cabeza de su hijo y besándola.)

Oh! ven á mis brazos, santa criatura mía!

(Se oye un tiro de escopeta y ladridos de perros.)

Rafael.—¿Qué es eso?

Antón.—Seguramente algún cazador que andará por esos sitios. Pero, hijo, nos estamos aquí charlando sin tomar alimento. A ver, saca el pañuelo donde tu buena madre ha colocado algunas provisiones.

Rafael.—Es verdad, se me había olvidado de que tengo apetito. ¿Vamos á sentarnos á la sombra de aquellos árboles? Allí deberemos encontrar agua.

Antón.—Vamos, pues.

(Se van, entretanto que se oyen los ladridos más cerca.)

ESCENA II

FRANCISCO y JULIÁN. El primero con una pequeña escopeta al hombro y en la mano un conejo.

Francisco.—¿Qué tal? Soberbia pieza, eh?

Julián.—Y magnífica puntería! (Se oyen como

dos perros que se riñen.) Esos tunantes no sirven más que para ladrar.

Francisco.—Dices bien. (Adelantándose fuera de la escena.) Eh! callaos, si no queréis que os rompa las costillas á culetazos. (Volviendo donde está Julián.) No podrá decir Anselmo que estaba de nosotros la ventaja, por llevarnos estos malditos perros.

Julián.—¿Y por dónde andarán él y su apéndice de Luis á estas horas?

Francisco.—¿Quién sabe! Pero no deben estar muy lejos. Ya sabes que nos hemos dado cita en este lugar para las doce y... (sacando el reloj) las doce en punto y todavía no asoman.

Julián.—Luego necesitamos más de media hora para ir á la quinta.

Francisco.—Allí tenemos preparado un excelente almuerzo. Ternera, pescado, langostines, dulces, Jerez á todo pasto...

Julián.—Hombre, hazme el favor de no mentar la soga en casa del ahorcado. ¿Sabes que tengo un hambre atroz?

Francisco.—Y yo idem, amigo Julián. A no ser por dos bizcochos que he tomado esta mañanita, antes de salir de casa, me hubiera desayunado del aire que sopla. (Ambos se sientan en unos pedruscos.)

Julián.—Dime, Francisco. ¿Cómo se arreglará ese demonio de Anselmo para vivir tan á

sus anchas? Apenas cuenta catorce años, como nosotros, sobre poco más ó menos, y ya dispone cacerías y comilonas como si se tratara de un mozo de altos vuelos. ¡No parece sino que tiene carta blanca para hacer lo que se le antoja!

Francisco.—Lo que es su padre me parece que no se lo había de consentir; pero su madre... Oh! las madres, por un exceso de cariño, sirven á maravilla, muchas veces, para desempeñar el papel de encubridoras. Pero, en fin; allá ellos.

Julián.—¿Qué quieres que te diga? No me es nada simpático ese chico. Su carácter altanero, y que por nada se atufa. Luego tiene unas ínfulas de bajá de tres colas, y eso que en la clase no da pié con bola. Bien lo sabes tú, que en más de una ocasión has de copiarle los extractos de las lecciones.

Francisco.—Nada, es rico. Es hijo único del célebre oculista doctor Morgán; su padre tiene una clientela tan numerosa como escogida, y el muchacho no se preocupa gran cosa del porvenir. Pero, sabes una cosa, Julián? Que no me gusta hablar mal de los ausentes, sobre todo cuando tenemos que agradecerles, aunque sea una buena comida.

Julián.—Tienes razón; pero ¡calle! ¿quiénes

serán aquellos dos sujetos que se ven sentados allí á la sombra de los castaños?

Francisco.—No sé; pero ahora se levantan y se dirigen hacia acá. Aquel hombre, al parecer, está ciego, y el muchacho que le sirve de lazarillo tiene cara de listo.

ESCENA III

Dichos, ANTÓN y RAFAEL

Antón.—Vamos; ya hemos terminado nuestro banquete y será preciso que nos acerquemos á Granada. (Registrándose los bolsillos.) Pero ¿por dónde andará mi petaca?

Julián.—(Que la habrá recogido del suelo.) Aquí la tiene V., buen hombre.

Antón.—Muchas gracias.

Rafael.—Padre, son dos señoritos que han venido á cazar por estos contornos.

Antón.—Por la voz se me ha figurado que eran jóvenes. ¿Está muy lejos Granada?

Julián.—Poco más de una horita de distancia.

Antón.—(A Rafael.) ¿Ves? Ya te lo decía yo. Ea! saluda á esa buena gente y marchemos.

Francisco.—Un momento y perdonen. ¿Es usted ciego de nacimiento?

Antón.—No; desde hace tres años, en que perdí la vista á consecuencia de una enfermedad.

Rafael.—Y nos dirigimos ahora á Granada,

con la esperanza de curación.

Francisco.—(A Julián) ¡Si yo fuera amigo del padre de Anselmo! Dispensen. Y ¿hacen el viaje á pié?

Antón.—Y sin estorbo. Vamos, Rafael.

Francisco.—Aguardad un momento.

Antón.—¿Qué quieren ustedes?

Francisco.—(A Julián) ¿Tienes por ahí algún dinero?

Julián.—Casi nada, una miseria.

Francisco.—(Titubeando) ¡Qué demonios! ¿A qué vacilar? Tomad. (Le da el conejo á Rafael.)

Antón.—¿Qué es esto?

Rafael.—Nos regala un conejo.

Francisco.—Sí, un conejo que he cogido hace poco.

Julián.—Bien, chico! un aplauso.

Antón.—Pero señores...

Francisco.—Nada, nada; si no vale la pena.

ESCENA IV

Dichos, ANSELMO y LUIS

Anselmo.—Dejad que me sienta, porque vengo reventado y aburrido.

Julián.—No traes nada?

Anselmo.—Lo que traigo es un humor de perros. Ni pizca de caza he podido encontrar. (A Francisco) ¡Como que vosotros teníais los mejores podencos!

Francisco.—(A Julián) ¿No te lo decía yo?

Anselmo.—¿Y vosotros?

Francisco. — (Señalando el conejo que tiene Rafael)
Ahí está una pieza.

Anselmo.—(Reparando en Rafael y su padre) Hola!
¿Qué casta de pájaros son esos?

Francisco.—Un hombre ciego que se dirige á
Granada con su hijo.

Anselmo.—Un ciego dices? ¡Que me place! Le
haremos cantar, y así tal vez se disipe mi
mal humor. Que cante! Que cante!

Luis.—Sí, sí, que cante el ciego! Quieres que
vaya en busca de la guitarra?

Antòn.—Qué!...

Rafael.—Vámonos, padre, y dejemos á estos
señoritos que se diviertan solos, á sus an-
chas. Tomad: ahí tenéis vuestro conejo.
(Lo entrega á Julián).

Anselmo.—¡Habrás visto majaderos! ¿No son
pobres? Anda, que no cantará el ciego de
balde. Yo traigo dinero.

Rafael.—Y qué? Guárdelo V. para comprar
conejos.

Anselmo.—¡Insolente! Yo te enseñaré á res-
petarme. (Trata de abalanzarse sobre Rafael; pero
sus amigos le detienen). Dejadme! que he de es-
carmentar á ese pilluelo.

Rafael.—(Arrancando el bastón de las manos de su pa-
dre). Sí? Acércate.

Antón.—Rafael! vámonos!

Anselmo.—¿No oís cómo me tutea? Dejadme, repito, ó me la pagaréis vosotros.

Rafael.—Oh! la cortesía tenerla con quien la tenga.

Francisco.—Vámonos, Anselmo. (Tratan de separarlo, pero él se resiste).

Anselmo.—¡Canallas!

Antón.—¡Y no poderme valer de mi mismo!

ESCENA V

Dichos y SEBASTIÁN. Este, que es un mozo de 19 años, vestirá de blusa, llevando un bastón en la mano y un saquito á la espalda, con útiles de carpintero.

Sebastián.—¿Qué tremolina es esa?

Anselmo.—Y á tí ¿qué te importa?

Luisito.—Eso es. Y á tí ¿que te importa?

Sebastián.—Ahora lo veremos.

Antón.—Yo conozco esa voz.

Sebastián.—¡Calle! y es mi antiguo maestro.

¡Señor Antón! ¿Usted por aquí? Y ese es Rafael... ¡Y ya es todo un hombre! ¿Qué me importa decís? El primero que le toque á ese hombre la punta de los cabellos, por el santo de mi nombre que le voy á partir de un garrotazo.

Francisco.—Aquí nadie ha tratado de hacerle ningún daño. No hubo más que una

mala inteligencia que ha dado origen á una disputa.

Anselmo.—No, señor; yo sostengo que ese granuja me ha insultado, y juro que me la ha de pagar, porque no consiento que se me falte el respeto.

Sebastián.—¡Qué respeto ni que ocho cuartos! Yo le conozco á V., caballero; conozco también á su padre, porque me ha encargado en más de una ocasión algunos trabajos de mi oficio; pero si el padre me merece respeto, del hijo no hago caso maldito.

Anselmo.—Señores, es un oficial de carpintero, esto es, un gran personaje. ¡Descubríos ante su alteza!

Sebastián.—Un oficial de carpintero, sí. Y usted, quién es, mequetrefe? Un ente inútil, envanecido con la fortuna y reputación de su padre, que por su saber y habilidad es considerado como una gloria legítima de la medicina. Pero ese saber y esa gloria á V. no le toca, porque no ha hecho nada para merecerla. ¡Un oficial de carpintero! Y me honro con ese título que me acredita de hombre útil á la sociedad; mientras que V., don tirilla, es solo un mal parásito que no sabe vivir sinó á costa ajena. ¡Un oficial de carpintero! sí; pero que abriga un corazón mas grande que el de V. que ni siquiera

ra respeta la desgracia, y empaña un nombre ilustre, como es el de su padre, que si presenciara esta escena, ó tendría que bajar la cabeza avergonzado, ó no dejarle hueso sano sobre su cuerpo.

Anselmo.—¡Miserable! porque eres mas fuerte y vigoroso, me insultas de esa manera. Y vosotros, (dirigiéndose á sus amigos). Qué haceis ahí como postes?

Luis.—Yo...

Sebastián.—No, esos señoritos no son, sin duda, muchachos de su jaez y mirarán las cosas bajo distinto aspecto.

Antón.—Vamos, Sebastián; no prolonguemos mas esa situación que no puedo sufrir.

Sebastián.—Yo no me apartaré ya de su lado, señor Antón, hasta dejarle con seguridad en Granada. Permite V. que les acompañe?

Antón.—Con toda mi alma.

(Anselmo que habrá estado gesticulando con sus compañeros, se vuelve de repente para amenazar con el puño á los que se marchan.)

Anselmo.—Oh! me la pagareis!

Sebastián.—Anda! anda!... ¡mequetrefe!

ESCENA VI

Dichos menos Sebastián, Antón y Rafael

Anselmo.—¡Bravo! ¡bravísimo! Como hay Dios que os habeis lucido.

Luisito.—Es que teníamos que habérnoslas con un mocetón mas robusto que una torre.

Anselmo.—Y qué? Eramos cuatro contra dos, á menos que os atemorizaran los palos de ciego. Se trataba de defender á un amigo.

Francisco.—Mira, Anselmo; si tu hubieses estado en razón, no hubiera sucedido eso, ó yo te hubiera defendido.

Anselmo.—Es decir, que yo me tengo la culpa, y que esos canallas...

Francisco.—No llares canallas á los que defienden sus derechos, aunque tengan la desdicha de ser pobres. Tú has empezado por insultarles.

Anselmo.—Y con qué derecho el carpintero ha tomado cartas en el asunto?

Francisco.—Con el derecho de una antigua amistad y quizás de noble gratitud; con el derecho que siempre le asiste al fuerte para tomar la defensa del débil.

Anselmo.—Ba, ba, ba. ¿Sabeis lo que es esto? Que vosotros me llevais inquina y hasta os causa placer de que se me humille y se me maltrate.

Francisco.—¡Anselmo!

Julián.—Déjale que truene.

Anselmo.—Si, envidia es lo que sentís. Eso, eso! y yo ciego, mas ciego que el hombre aquel, no veía que todas vuestras manifes.

taciones son hijas de esa pasión ruin que os devora.

Francisco.—Tu carácter orgulloso y arrebatado te hace ver visiones, Anselmo.

Julián.—Envidiarte nosotros? Y por qué? Por qué eres mas rico? Pues con tu pan te las comas. En cambio, ya sabes que eres el último de la clase; que tienes desesperados á los profesores porque no pueden hacerte ganar ningún curso completo; que te llevas cada chasco que canta el Credo. Dime; ¿es para envidiarte todo eso?

Anselmo.—Y la comida que os tengo preparada?

Luisito.—Eso es, y la comida que nos tiene preparada?

Julián.—Ya no la quiero.

Francisco.—Ni yo tampoco.

Luisito.—Pues yo si. Cuenta conmigo Anselmo.

Julián.—Tengo mucha hambre; pero no faltará por esos contornos quien nos proporcione un pedazo de pan y alguna fruta, hasta llegar á Granada. ¿Vamos, Francisco?

Francisco.—Cuando tú quieras, Julián.

Julián.—Adios, pues. Hasta la vista.

Anselmo.—Hasta nunca!

Julián.—Buen provecho.





ACTO SEGUNDO



La escena pasa en uno de los salones de la casa del doctor Morgán

ESCENA I

EL DOCTOR y SEBASTIÁN

Doctor.—Amigo mío, la operación fué todo lo feliz que se podía esperar.

Sebastián.—Pero el pobre ciego se figuraba que tendría la vista libre desde luego y experimentaba una alegría delirante.

Doctor.—Oh! no se pasa de la ceguera á la luz tan facilmente. Es necesario someter aquellas pupilas delicadas á un tratamiento especial, porque heridas súbitamente por la luz de que se vieron privadas largo tiempo, quizás hubieran cegado para siempre. Por esto le he mantenido tantos días incomunicado con absoluto rigor. Solo su hijo y yo le hemos asistido.

Sebastián.—Y que le parece á usted, doctor, de aquel rapaz? No es verdad que es una excelente criatura?

Doctor.—Se ha conducido como una verdadera hermana de la caridad. ¡Qué inteligencia y solícitud la suya! Cuando recuerdo las noches que ha pasado en vela junto á la cabecera del lecho donde dormía su padre, atendiendo á sus menores movimientos y engañándole con que dormía, no puedo figurarme abnegación tan grande en un niño. En cambio yo...

Sebastián.—Si V. hubiera visto con qué insistencia, apenas llegamos á Granada, me pedía las señas del doctor Morgán. Después de haberle acomodado yo á su padre en mi modesta habitación...

Doctor.—En esto obraste, Sebastián, como un joven de gran corazón.

Sebastián.—Pues no faltaba más que hubiese permitido que mi antiguo maestro fuera á parar en el hospital! Y ¡bonito genio tiene mi madre para consentirlo! Pero, como iba diciendo, apenas estuvo tranquilo el señor Antón, cuando Rafael me coge del brazo y me obliga á que le acompañe á ver á V.

Doctor.—Y yo, después de haber oído la exposición que me hizo el muchacho sobre la dolencia de su padre y su falta de recursos, le prometí que le curaría de balde.

Sebastián.—Y luego quiso que vinieran padre é hijo en su propia casa de V. donde

están instalados como unos príncipes. Oh! si es digno V. de admiración y respeto por su ciencia, lo es más todavía por su caridad!

Doctor.—Poco á poco, Sebastián; no llames caridad á lo que tiene sus ribetes de egoismo.

Sebastián.—No comprendo á V.

Doctor.—Tan pronto como supe la escena que ocurrió con mi hijo en la plazoleta de la Cruz, me propuse darle una lección provechosa, y nunca la oportunidad se hubiera presentado tan á tiempo y lugar. Ah! si las personas mimadas por la suerte, en vez de encontrar quien les halaga su vanidad y sus gustos, dieran con sugetos como tú, que con ruda franqueza y despego cantaste á mi hijo las verdades del barquero, yo te aseguro que en el mundo habría menos plagas de las que hay ahora.

Sebastián.—Pero, al fin, se dará á partido el hijo de V.

Doctor.—Malas trazas lleva todavía. Y, créeme, que no es por mi culpa, Sebastián; pero esta vez tiene el pleito perdido si no se enmienda. Anda vigilado de cerca, y no pondrá los pies en la calle que no haya hecho propósito firme de cambiar de vida. A otra cosa amigo. ¿Has avisado á los compañeros de Anselmo?

Sebastián.—Si, señor, y no pueden tardar mucho en llegar.

Doctor.—Esta mañana vamos á quitar los vendajes al pobre ciego, tan luego se haya levantado. Hoy verá tu antiguo maestro la luz del Sol. Su ceguera habrá desaparecido; pero yo tengo en casa un ciego que no puedo curar, si no es por un milagro de Dios. ¡Y cuan peores son que las cataratas de los ojos, las cataratas del alma!

Sebastián.—Confie V. doctor; su hijo es muy joven y á su edad no ha penetrado en su entendimiento la reflexión todavía. Mas tarde, hoy mismo quizás, con la escena que V. le prepara, puede que recobre esa luz que le falta.

Doctor.—El Cielo te oiga, Sebastián.

ESCENA II

Dichos y RAFAEL

Rafael.—Señor doctor, mi padre se ha levantado y no cesa de repetirme que vaya en busca de usted.

Doctor.—Una impaciencia inexplicable le devora. Es natural. Así el caminante sediento anhela acercarse al manantial que divisa; así el prisionero encerrado en ló-

brega cárcel ansia la libertad que le han prometido. Vamos allá, Sebastián.

ESCENA IV

Rafael solo

¡Con qué ansiedad he esperado yo también este día! Mi padre verá hoy. Estoy seguro de ello, porque tengo tanta fé en ese señor tan bueno que le cura, que no es posible dudar. Con la vista de mi padre, vendrán mil felicidades y se remediará nuestro infortunio. ¡Mi querida y santa madre! Tú que tan ocultamente has sacrificado hasta el sueño muchas veces para entregarte á un trabajo excesivo, aunque no tan oculto que tu hijo á hurtadillas no lo viera; pronto van á terminar tus fatigas y pesares. Mi padre trabajará y yo con él para llevar el sustento en casa. ¡Ay que dicha! ¡Si me parece un sueño! ¡Después de tres años de tinieblas ver la luz! Después de haber visto á mi padre inmóvil, sentado junto á la mesa, oyendo como le leía aquellos libros de viajes para distraerle, mientras mi madre y mi hermanita trabajaban; después que le veía levantar y dirigirse al aposento donde estaba su taller y cogía una herramienta con fuerza y la abandonaba después, mien-

tras se le caían las lágrimas de los ojos; verle ahora entrar y salir sin mi ayuda, y trabajar con anhelo, y seguir con la vista el movimiento de sus manos, y contemplar aquellas piezas tan acabadas, tan bonitas... ¡Dios mío! ¡Si me parece mentira tanta felicidad!

ESCENA IV

Dicho y ANSELMO

Anselmo.—¿Estabas tú ahí? No me faltaba más que eso. Privarme de salir á la calle y tenerte aquí de huésped, lo mismo que á tu padre, como si mi casa fuera un hospital.

Rafael.—Mira, Anselmo, ó señorito Anselmo... no me trates... no me trate V. así (Ap.) Todo lo he de sufrir, Dios mío! por mi padre.

Anselmo.—Pues, ¿cómo quieres que te trate? ¿Pretendes acaso que me ponga á tus órdenes y te sirva de lacayo?

Rafael.—Si no es eso, ó yo no acierto en explicarme. Yo vine aquí atraído por la fama de su padre para que curase al mío de su ceguera. No era mi gusto el quedarme en esta casa, ni mi padre tampoco; pero hubimos de ceder á las instancias del doc-

tor Morgán, que es nuestro salvador.

Anselmo.—Aviado estaría mi padre con clientes como vosotros que, lejos de pagarle, sois capaces de llevaros la casa á cuestas.

Rafael.—Ya le he dicho á V. que no es culpa nuestra, y ahora le ruego que me deje en paz.

Anselmo.—Te dejaré en paz luego que te haya echo arrojar por mis criados, y gracias si te escapas sin haberte molido las costillas. (Toca un timbre que habrá sobre un velador).

Rafael.—¿Qué intenta V. hacer?

Anselmo.—Ahora lo verás. (Vuelve á tocar el timbre) Hola! José!

ESCENA V

Rafael, Anselmo y JOSÉ

José.—¿Qué hay? (Desde el foro)

Anselmo.—Qué hay? Que no quiero ver más á ese lazarillo en mi casa.

José.—Esto se lo cuenta V. al amo. Yo tengo orden de no obedecerle á V. en nada.

Anselmo.—¡Esto más! Pues yo te lo mando.

José.—Bueno, bueno, quédese V. con Dios.

Anselmo.—¡Infame! Toma! (Arrebatado Anselmo habrá cogido un objeto cualquiera que habrá sobre el velador y lo arroja á José; pero en este momento, seguido de Sebastián, quien conduce al ciego, entra el doctor y recibe aquel objeto en la cabeza.

ESCENA VI

Dichos, el DOCTOR, SEBASTIÁN y ANTÓN

Doctor.—¡Dios santo! ¡Me ha herido! (Se deja caer sobre un sillón y todos le rodean, menos Anselmo que habrá quedado como anonadado en un rincón.)

Anselmo.—¡Qué he hecho yo!!!

Doctor.—(Llevando las manos en la cabeza y sacándolas teñidas en sangre.) ¡Sangre!

Sebastián.—No es nada, un rasguño.

Doctor.—¡Mi hijo me ha hecho sangre!

Rafael.—El golpe no iba dirigido á V.

José.—No, señor, á mí se dirigía.

Antón.—¡Contrariedad como esa!

Doctor.—Acércate, criatura descastada, hijo de mal corazón. ¡Acércate! (Anselmo no oye estas palabras. Herido por una impresión vivísima que despierta todos sus remordimientos, experimenta una reacción saludable en su espíritu, pero que debilita sus fuerzas y lo hace caer sobre una silla, acometido por una especie de síncope.)

Doctor.—¿Qué! ¿No me obedeces? Que te acerques, te digo... ¡Ira de Dios! (Se precipita sobre Anselmo y le sacude de un brazo; pero observa que no hace ningún movimiento.) ¿Qué es eso? ¡Dios mío! ¡Anselmo! ¡No me oye! (Todos acuden.) ¡Se ha puesto malo! José, corre en busca de su madre... mas no, detente. Esto la mataría... pero su corazón late...

Sebastián.—No será nada, doctor. La impresión... un desmayo...

Doctor.—Eso debe ser. Esperad, vuelvo en seguida. (Se dirige á su despacho.)

ESCENA VII

Dichos y á poco el DOCTOR

Rafael.—Anselmo! Anselmo! Vamos, cobre V. aliento; está aquí entre amigos.

Anselmo.—(Como si despertara de un sueño) ¿Quién me llama? ¿Dónde estoy? ¿Qué voz es esa? Ah! sois vosotros á quienes ofendí? Vosotros que me llamáis amigo y soy indigno de ese nombre!

Rafael.—¡Si ya no nos acordamos de nada; al contrario, estamos muy contentos de que nos hable así.

Antón.—¡Bendito sea Dios!

Anselmo.—Y mi padre? ¿dónde está mi padre?

Doctor.—(Entrando) Anselmo, esa voz me revela una cosa que era lo que más ambicionaba en el mundo. Esta voz no es la del hijo extraviado que antes amargaba mi existencia.

Anselmo.—No, porque la sangre que he visto en esa frente, me ha entrado aquí (señalando el corazón) y... no sé... ha purificado la mía.

Doctor.—Habla, habla; tú no sabes la alegría que me causan tus palabras.

Anselmo.—Sí, padre, sí; reconozco todos mis extravíos, que me apartaban de las personas de buenos sentimientos, y de hoy más quiero ser otro; quiero merecer el beneplácito de los buenos y el cariño de mi padre...

Doctor.—Más... más...

Anselmo.—Oh! también recuerdo que ofendí á ese buen hombre, empeñándome en divertirme con su desgracia... y luego me volví contra Sebastián, porque trataba de defenderle... y después... Oh! después quise herir á José, porque no me obedecía y... ¡la sangre aquella!...

Doctor.—Déjala, que ya no existe en mi frente, puesto que ha penetrado en tu corazón. Pero... y ese muchacho (Dirigiéndose á Rafael) ¿No comprendes su anhelo?

Anselmo.—Ah! Rafael! es verdad. Perdóname, amigo mío, porque quiero ser tu amigo, y quiero que en adelante me tutees, y si quieres darme la mano...

Rafael.—No no, los brazos si tú quieres. (Ambos se abrazan).

Antón.—Señor doctor, yo no puedo más. Yo quiero ver esas cosas y si no me quita V. estos vendajes... (Hace ademán de arrancárselos).

Doctor.—(Deteniéndole) Alto ahí, que la luz se ha de graduar, y por un poco de calma no lo echemos todo á perder. Muy pronto verá V. (ap.) Y esos muchachos nunca llegan. (Sale José en su busca.) Anselmo, muy pronto se presentarán tus compañeros llamados por mí, y espero que les invites á terminar la fiesta que interrumpisteis en la plazoleta de la Cruz. Yo te lo ruego.

ESCENA ÚLTIMA

Dichos, FRANCISCO, JULIÁN y LUIS

José.—Por aquí, señoritos. Señor doctor, ahí están los jóvenes que me ha mandado V. llamar.

Doctor.—Adelante, amiguitos. Sentía vivos deseos de que presenciaseis la completa curación de una persona á quien debéis conocer perfectamente.

Francisco.—Sí, señor; hace algunas semanas que conocimos á ese buen hombre cuando iba con su hijo en busca de curación en Granada.

Julián.—Nos encontramos con ellos en la plazoleta de la Cruz.

Doctor.—No quiero recordar lo que pasó en aquel sitio; mas ved, ahí teneis á un amigo

vuestro (señalando á Anselmo) que os podrá enterar de lo que ha pasado aquí hace breves momentos. (Los muchachos se acercan á Anselmo, quien figura que les entera de lo que ha transcurrido en la escena.) Ea! José; acerca aquel sillón y procura entornar un poco esas ventanas.

Antón.—Luz! luz! (Se sienta).

Doctor.—Pronto la luz inundará esas retinas que han permanecido inactivas durante tres años. (El doctor va á levantar lentamente los apósitos. Todos le rodean.)

Rafael.—Yo no se lo que me pasa.

Doctor.—Aquí, Rafael.

(Rafael se coloca delante de su padre. De pronto brota un grito de alegría por parte de Antón al ver antes que nada la figura de su hijo.)

Antón.—Dios mío! ¡Rafael!

Rafael.—¡Padre de mi corazón! (Se abrazan).

Antón.—Señor doctor; ¿cómo me arreglaría yo ahora para demostrarle que le debo á V. mi segunda existencia, mi...

Doctor.—¡Ea! no se hable más del asunto. Lo que deseo es que vaya V. en seguida á abrazar á su esposa y á su hija y me deje aquí á Rafael para unos días.

Antón.—¿A Rafael?

Doctor.—Es verdad; no había caído en que este muchacho es el héroe del suceso y que debe partir con V. á fin de que la satisfac-

ción de su familia sea completa.

Anselmo.—Pero dentro de ocho días, Rafael, te espero en la quinta.

Rafael.—Con permiso de mis padres te prometo concurrir con alma y vida.

Doctor.—Señores: hace un cortísimo tiempo que en este mismo lugar había dos ciegos; el uno de los ojos del alma, el otro de los ojos del cuerpo, y en ambos la ceguera ha desaparecido. Las cataratas de los ojos, yo como médico oculista las puedo destruir; pero para arrancar las otras, sólo hay una mano diestra, y ésta es la mano de Dios.



LA ESCUELA PRÁCTICA

REVISTA PEDAGÓGICA POR JUAN BENEJAM

LA ESCUELA PRÁCTICA es una publicación especialísima cuya 1.^a serie empezó en 1.^o de Abril de 1894 (pudiéndose contar con todas las series publicadas) costando solo *cuatro pesetas* al año en España y *un peso* en América. Entre las varias secciones que comprende hay una destinada á la enseñanza práctica del

DIDASCOSMOS

(APROBADO POR EL CONSEJO DE INSTRUCCIÓN PÚBLICA)

Aparato el mas interesante para la enseñanza intuitiva, el cual ofrece en forma plástica un trozo ideal de nuestro planeta: tierra, mar y atmósfera.

Además de todos los accidentes terrestres, de toda la hidrografía marítima y continental, de los más caracterizados meteoros atmosféricos, se ven en aquel hermoso panorama, en forma adecuada, poblaciones, casas de campo, línea férrea, telégrafo, faro, semáforo, buques, en fin, multitud de objetos cada uno de los cuales se presta á interesantísimas lecciones; porque el *Didascosmos* es un pequeño mundo que se trata de introducir en las escuelas, y aunque no sea obligatoria esa enseñanza, nadie puede pasarse sin tales conocimientos.

Este moderno aparato, embeleso constante de los niños y motivo de curiosidad de cuantas personas visiten la escuela, solo cuesta 90 pesetas en grandes dimensiones, y en pequeñas (1 metro de largo por 70 centímetros ancho) el ínfimo precio de 38 pesetas, colocados ambos sobre el muelle de Barcelona, cuidando el inventor de mandarlo á destino, con un pequeño aumento de gastos.

Fuera de España se remite con las mismas condiciones, pudiendo dirigirse el pedido á la casa Bastinos de Barcelona ó directamente al inventor.

Dirección: Juan Benejam.—Islas Baleares.—Ciudadela.